

quería escribirle a Cambridge. Esta es la razón de no haber publicado hasta ahora esta interesante entrevista. En realidad, no me sirve totalmente para mi libro, demasiado sistematizado en su técnica como para incluir entrevistas personales completas, y, por otro lado, las respuestas del antiguo combatiente inglés son demasiado abstractas y a veces con fallos evidentes de memoria. Por esta última razón es por lo que la entrevista tiene que ir salpicada con notas bibliográficas, para que, sin interrumpir el hilo de sus respuestas, el lector pueda resultar mejor informado de algunas cuestiones en ellas planteadas insuficientemente.

SU TURISMO SENTIMENTAL EN MADRIGUERAS

En primer lugar este antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales me confesó ser un enamorado de España y que por eso, desde el año 1949, no podía ningún año resistir la tentación de hacer una escapada a nuestro país y, durante unos pocos días, recordar en Madrigueras, aquellos tiempos lejanos y dorados de su juventud. Durante todos estos viajes turísticos no ha recibido ningún impedimento de las autoridades españolas. Sólo en uno de los primeros, en el año 49 o 50, pudo observar que en Albacete había alguien que espiaba sus pasos con la

mayor atención. Marchó entonces a la Posada de la Feria, donde se hospedaba, y se asomó con disimulo por la ventana de su cuarto. Aquel individuo estaba en la acera de enfrente, con un periódico ante los ojos. Lo observó muy atentamente y se dio cuenta de que el periódico tenía un pequeño agujero por donde el individuo miraba a su ventana. Salió de la posada y se fue a un bar de la calle de la Feria. El sujeto lo siguió y él pudo verlo mirando a través de los cristales de la ventana del establecimiento. Aparte de aquel incidente, que lo inquietó un poco, nunca por la autoridades españolas se le había puesto el menor impedimento para sus viajes turísticos y sentimentales.

Es un hombre sencillo, amante del campo y de la naturaleza. En Madrigueras suele dar largos paseos por los alrededores del pueblo. Está casado con una abisinia, de raza negra, muy guapa según me dijeron en el pueblo, y con la que suele venir en algunas ocasiones. En aquel viaje le acompañaban sus dos hijos, el más pequeño de cinco y el otro de unos ocho años aproximadamente. Como habían venido sin la madre, los dos niños estaban muy descuidados y sucios y el más pequeño lagrimeaba y parecía con fiebre, como si estuviera con gripe. Yo se lo advertí y le recomendé que visitara al médico para que éste recetara a sus hijos algunas